

PRÓLOGO

—*M*irad! Está ahí, Xigagái, el espíritu.

—Sí. Ya lo veo. Nos está amenazando.

—Venid todos a ver a Xigagái. ¡Corred! ¡Está en la playa!

Me desperté de un sueño profundo, y no sabía si estaba soñando u oyendo esta conversación. Eran las seis y media de una mañana de sábado del mes de agosto, en la temporada seca de 1980. Ya había salido el sol, pero el calor aún no apretaba demasiado. La brisa que llegaba del río Maici pasaba por delante de mi modesta choza en un claro de la orilla. Abrí los ojos y vi el techo de palma, que empezaba a perder su color amarillo original y a volverse grisáceo con el polvo y el hollín de los años. Mi casa estaba flanqueada por otras dos chozas pirahã más pequeñas, de construcción parecida, donde vivían Xahoábisi, Kóhoibiíihái y sus familias.

Las mañanas con los pirahã, tantas mañanas, se caracterizaban por el olor del humo de las hogueras y la tibieza del sol de Brasil, que me daba en la cara, tamizado por la mosquitera. Los niños normalmente se reían, se perseguían o lloraban a grito pelado para que los amamantasen, y la aldea estaba llena de ruido. Se oía ladrar a los perros. A veces, cuando abría los ojos, pero estaba todavía grogui, me encontraba con un niño pirahã, incluso con un adulto, que me miraba fijamente entre los listones de madera de palma *paxiuba* que formaban el lateral de mi amplia choza. Esta mañana era diferente.

Estaba completamente consciente y despierto por el ruido y las voces. Me senté y miré alrededor. Un grupo de pirahã se había congregado a unos seis metros de mi choza. Todos gritaban, gesticulaban y miraban a la playa de la otra orilla, justo en frente de mi casa. Me

levanté para ver qué pasaba, porque era imposible dormir con tanto revuelo.

Cogí del suelo los pantalones cortos y, antes de ponérmelos, me aseguré de que no hubiera dentro tarántulas, escorpiones, ciempiés o ningún otro bicho indeseable. Mientras me los ponía me calcé las chancas y asomé la cabeza por la puerta. Los pirahã se habían reunido en lo alto de la orilla del río, a la derecha de mi casa. Su excitación iba en aumento. Las madres se acercaban corriendo sin dejar de amamantar a los niños, que intentaban agarrarse al pecho.

Las mujeres trabajaban y dormían con los mismos vestidos, como un saco sin mangas ni cuello hasta la rodilla, que a fuerza de manchas de tierra y humo terminaba cobrando un color marrón oscuro. Los hombres llevaban taparrabos o pantalones cortos. Ninguno había cogido los arcos y las flechas, y eso era un alivio. Los preadolescentes iban desnudos y tenían la piel curtida como el cuero. Los más pequeños tenían el trasero encallecido, de arrastrarlo por el suelo, un modo de locomoción que por algún motivo preferían a gatear. Todos estaban cubiertos de polvo y de ceniza, porque dormían y se sentaban en el suelo, al lado del fuego.

Hacía unos 22°, con humedad, todavía muy por debajo de los más de 38° que se alcanzarían a mediodía. Me froté los ojos para espabíllame y me volví a Kóhoi, mi principal profesor de lengua.

—¿Qué pasa? —le pregunté. Kóhoi, un hombre fuerte y delgado, de piel oscura, se encontraba a mi derecha, muy tenso por lo que estaba viendo.

—¿No lo ves ahí? —dijo con impaciencia—. Xigagaí, uno de los seres que vive por encima de las nubes, está en la playa y nos está gritando, nos está diciendo que si vamos a la selva nos matará.

—¿Dónde está? No lo veo.

—¡Ahí enfrente! —contestó Kóhoi, mirando con mucha atención hacia el centro de la playa, aparentemente vacía.

—¿En la selva, detrás de la playa?

—¡No! En la playa. ¡Mira! —insistió con exasperación.

En la selva, con los pirahã, generalmente yo no veía lo mismo que ellos. Mis ojos inexpertos no eran capaces de ver tan bien.

Pero esta vez era distinto. Incluso yo me daba cuenta de que en la playa de arena blanca, a no más de cien metros de dónde estábamos, no había nada. Claro que si yo estaba seguro de esto, los pirahã estaban igual de seguros de lo contrario. Quizá habían visto algo que yo me había perdido; el caso es que insistían en que seguían viéndolo. Xigagái estaba allí.

Todos seguían mirando hacia la playa. Oí a mi lado a Kristene, mi hija de seis años.

–¿Qué están mirando, papi?

–No lo sé. Yo no veo nada.

Kris se puso de puntillas para mirar a la orilla de enfrente. Luego me miró a mí. Luego a los pirahã. Estaba tan desconcertada como yo.

Dejamos a los indios y volvimos a nuestra choza. ¿Qué acababa de presenciar? A lo largo de los más de veinte años transcurridos desde aquella mañana he tratado de comprender cómo es posible que dos culturas, mi cultura de raíz europea y la cultura pirahã, vean la realidad de una manera tan distinta. Nunca he podido demostrar a los pirahã que la playa estaba vacía. Ellos tampoco han podido vencerme de que había algo, y mucho menos de que era un espíritu.

Como científico, la objetividad es para mí un valor esencial. Con un poco de esfuerzo, pensaba hace algún tiempo, seguro que todos conseguíamos ver el mundo como otros lo veían y de esta manera aprenderíamos a respetar mutuamente los distintos puntos de vista. Pero, según me enseñaron los pirahã, nuestras expectativas, nuestra cultura y nuestras experiencias pueden abrir una brecha casi inconmensurable también en nuestra percepción del entorno.

Los pirahã, cuando se van de mi choza por la noche para acostarse, dicen cosas distintas a las que diríamos nosotros. A veces se limitan a decir: “Me voy”; pero a menudo emplean una expresión que, si bien al principio me sorprendía, ha llegado a convertirse en una de mis formas favoritas de dar las buenas noches: “No duermas, hay serpientes”. Los pirahã lo dicen por dos motivos. En primer lugar, creen que dormir menos los “endurece” y eso es algo que ellos valoran mucho. En segundo lugar, saben que la selva está llena de peligros y que, si uno se duerme profundamente, queda indefenso ante el ataque de los

innumerables depredadores que rodean la aldea. Los pirahã pasan buena parte de la noche charlando y riendo. Duermen a intervalos. Rara vez he oído el poblado en completo silencio y tampoco he visto dormir a nadie varias horas seguidas. He aprendido muchas cosas de ellos a lo largo de los años, pero puede que esta sea mi lección favorita. Sin duda, la vida es dura y está llena de peligros. Y eso significa que a veces no hay más remedio que perder unas horas de sueño. Pero la vida sigue su curso y hay que disfrutarla.

Conocí a los pirahã cuando tenía veintiséis años. Ahora tengo edad suficiente para acogerme a los descuentos para mayores. Les entregué mi juventud. He contraído la malaria muchas veces. He visto mi vida amenazada en varias ocasiones, por los pirahã y por otros indígenas. He perdido la cuenta de la cantidad de cajas, bolsas y toneles que he llevado a cuestas a través de la selva. Pero todos mis nietos conocen a los pirahã. Mis hijos son quienes son en parte por los pirahã. Y hoy, cuando miro a esos viejos (tan viejos como yo) que una vez quisieron matarme, reconozco en ellos a algunos de los amigos más queridos que he tenido jamás y sé que ahora arriesgarían su vida por mí.

Este libro recoge las lecciones aprendidas a lo largo de tres décadas de estudio y convivencia con los pirahã, a la vez que da cuenta de mis intentos de entender cómo ven ellos el mundo, como lo comprenden y cómo lo expresan, y de transmitir estas lecciones a mis colegas científicos. Este viaje me ha llevado a lugares de una belleza increíble y a situaciones en las que habría preferido no verme nunca. Pero me alegro muchísimo de haberlo emprendido, pues me ha dado una visión valiosísima de la naturaleza de la vida, el lenguaje y el pensamiento, que jamás habría podido aprender de ninguna otra manera.

Los pirahã me han enseñado que hay una dignidad y una satisfacción muy profundas en el hecho de encarar la vida y la muerte sin el consuelo del cielo o el miedo al infierno, y que se puede navegar hacia el gran abismo con una sonrisa en los labios. Por todo esto les estaré agradecido mientras viva.